

«Cuadernos de conversación», de Beethoven

Los abismos del silencio

Angel Barja

La personalidad humana de Beethoven es de tal magnitud que provoca constantemente nuevos escritos biográficos y nuevas investigaciones. La opinión común entre el gran músico es más bien negativa a la hora de juzgar su carácter: La gente cree que Beethoven fue un hombre hosco, rudo, elemental y de mal genio, es decir, poco menos que intratable. La verdad, sin embargo, está muy lejos de este juicio sumario que de él ha hecho la posteridad, incluso los que aman su música por encima de todo.

Uno de los documentos sin duda más impresionantes sobre Beethoven es el formado por los «Cuadernos de conversación», del que todavía no existe una versión castellana completa. Es sabido que Beethoven se quedó sordo poco más allá de la mitad de su vida, circunstancia que lo mar-

có como hombre y quizá también como músico; como hombre, sumiéndolo en un aislamiento social típico —origen de muchas de sus actitudes—, y como músico obligándolo a una concentración sobrehumana, que lo llevó a la más profundas meditaciones creativas que se hayan dado jamás en ser humano alguno.

Para hablar con sus visitantes, Beethoven tenía en su casa una gran pizarra donde aquellos escribían efímeramente sus preguntas y respuestas. Pero Beethoven llevaba también en su bolsillo, a partir de 1818, diversos tipos de agendas donde sus interlocutores escribían sus propias preguntas y respuestas. Estas agendas, así como el continuo sacarlas y meterlas en el bolsillo, habían deformado su ropa de forma visible; esto, sumado a la natural bohemía de tan sumo artista, hacían que el as-

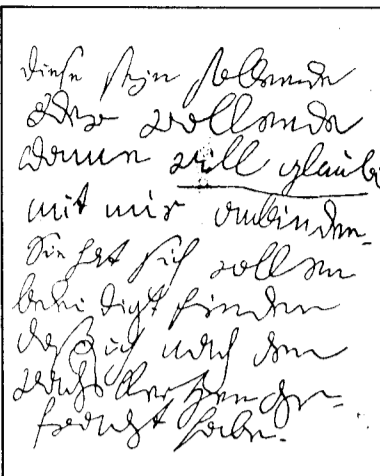
pecto exterior de Beethoven llamara la atención por la calle debido a su solemne descuido en el vestir.

A la muerte de Beethoven, su secretario, Schindler, conservaba 400 Cuadernos de conversación, de los que sólo nos han llegado 136, porque Schindler destruyó nada menos que 264, unos por haberlos juzgado irrelevantes, otros por miedo a escandalizar al personal, ya que en ellos Beethoven vertía opiniones y críticas demoledoras sobre personas de la alta sociedad, sin excluir al propio emperador. La historia no ha perdonado a Schindler esta destrucción de documentos tan preciosos, sobre todo si se tiene en cuenta que Beethoven era tan certero en sus juicios sobre temas o personas importantes como desacertado en asuntos triviales.

En estos Cuadernos — que



Página autógrafa de los «Cuadernos de conversación».



en la traducción italiana ocupan casi mil quinientas páginas— conversan con Beethoven todo tipo de personas: Artistas, editores, poetas, músicos, familiares, hombres, mujeres y niños. Se habla de los temas más variados, desde los más vulgares hasta los más elevados. En los originales se ven caligrafías muy diversas, que han permitido a veces identificar al interlocutor y que han creado problemas enormes a la hora de interpretar y traducir. En medio de

este sublime mosaico de conversaciones escritas, falta el principal interlocutor: Beethoven. Excepto en unas pocas ocasiones, nunca figura la pregunta o la respuesta de Beethoven, por lo que el lector se siente desconcertado en una primera o segunda lectura; sólo después de tenaces y amorosos intentos es posible entrar en la conversación y comprender este diálogo unilateral y dramático. La mayor parte de las anotaciones de Beethoven son breves soliloquios, no-

tas musicales o números, faltando siempre el cuerpo de su conversación.

Los «Cuadernos» son un «único literario», como lo definió alguien en el siglo pasado, y ofrecen un vasto campo a la investigación. En ellos se ve cómo era Beethoven: Liberal, generoso, defensor de los derechos humanos, preocupado por todos los campos de la cultura, la política, las ciencias, lo pequeño y lo grande. El espacio concedido nos impide seguir con este argumento, pero queremos finalizar este apunte con varias citas de los «Cuadernos», espigadas aquí y allá. Hélas aquí:

● «Es más fácil desviar la órbita del sol que cambiar las costumbres de los aldeanos».

● «A cualquiera le gusta que usted lo aprecie».

● «Ahora la Sinfonía es lo más necesario para electrizar a la gente».

● «Présteme sólo por un día».

● «Las dos sonatas parisinas gozan de la admiración general».

● «Beethoven: ¿Oyen aquellos señores lo que le estoy diciendo? Oliva: No. Usted habla en voz baja».

Para tan poco de vida no merece la pena amargarse

José Angel Calvo Morán

Padre era un santo. Parece que le estoy oyendo: «Buenas noticias me traes, criatura. Tienes más de niña que de persona mayor y han tenido que embromarte. ¡Mala ralea el que lo hizo!». Estoy maldita. ¡Ya es con-

denación ser pobre! Encima te pasas la vida escardando en el corazón, cuidando de que no se te enturbie la sangre y se emporzoñe y se eche a perder como veneno para que luego venga Dios y te pague con el cadá-

ver de un hijo envuelto en pellas de alquitrán. Digo yo que eso no era lo convenido. Se quejan entre dientes de que me trastorno de nada, pero, ¿a quien lloran ellos? «Penar así es un gozo. La justicia de Dios no se equivoca

nunca». Eso me dice don Florencio para que me alivie, pero yo me creo que me lo dice más bien porque es un párroco y a él nada le cuesta decirlo.

—Irene, mujer, deja ya de mortificarte. Anda toma, máscate esta raíz de genciana haber si se te abre el apetito. Estás consumida, tú que epalabas la nieve como un hombre. ¡Hala!, no rezongues. Mira que si no habrá que ponerte un rodrigón a la espalda para que te tengas derecha.

Como si yo no supiera, que fui su madre y aumenté con él el mundo, que mi hijo no era precisamente lo que se dice un sacramento. Lo adviné hasta padre que en paz descansa, que era un linco y veía las hierbas crecer. Posó las manos y palpó el vientre combo, descomunal: «Estas paredes parece que no oyen, así que voy a decirte lo que pienso para que no haya engaño entre nosotros. Me tiene usted muy desazonado. Esa cosa que lleva usted ahí dentro, en esas tripas, haría falta ser de otra madera bien distinta a la de su padre, para que llegase a ser un hombre de provecho. Pero sí que va a ser raro, sí. Mal asunto. ¿Qué anda usted pensando? «Que se me ha venido a la cabeza que esa criatura no va a tener la suerte de cara. Me da no sé que decirte que no va a tener a Dios de su parte». «A usted también le lloran los ojos, Padre». Fue tal como te lo digo, Cresancia.

—Te miro y me das miedo, Irene. Si no comes presagio a la muerte escarbando en esas huesas arrumbadas junto al fogón. Puedo verla hozando en ese montón de aristas que te hace parecer un garabato. ¡Jesús, María y José! Tienes la frente que echa lumbre.

Me bastó yo sola. ¿Pues qué pensábais? A Escolástico Talón no le faltó detalle, me engatusó y me dio por el capricho. Tal así, como estas, fueron sus palabras: «Escolástico Talón para servirlo. No me gusta que me tengas miedo. Ven, flor de amarantho, vamos a alegrarnos». Eso fue lo que me dijo. Pero cuando le confidenció que algo suyo había hallado, acomodó en mis entrañas y llevaba la prisa de la crecida de un río, se aturulló todo, como si se le hubiera entumido la lengua. Luego me habló claro y maldispuesto, pasa-

do el miedo: «Querrás mirar de frente. Por eso interesa que no haya ruido. Hay maneras. Tú verás si te conviene un escándalo».

—Aguarda. ¿No es Abel Rodrigo el que cruza la calle? Lleva una vela de gabuzo en la mano.

—Sí, es él. Aún en la oscuridad y embozado tiene la misma cabeza del abuelo Mauricio. ¡No habría de notarse! Pero no me distraigas de propósito, Cresancia. ¡Ahora no! Que no quiero que se avente el recuerdo, aunque me quemé.

Estaba enferma. «Esa niña se muere del pecho». Eso decían. Y no podía ser menos de ser así. El que mejor guarda es el corazón y el mío estaba cerrado como un puño. Alguna vez me habría de equivocar. Eso pasa. Cometes una falta y te cuelgan de los labios de la gente y te manosean el nombre como a un retal. ¡Pobrecito mío! Despertó en mí ambiciones que antes no sentía. Yo reparé en esa bendición y le llevaba muy adentro. ¡Luego será que no se enteren! Con lo que me costó protegerle de las habladurías. Me costó tanto, que ni siquiera tuve tiempo de pasar miedo. De eso se me encorajina la sangre. Ahora que estoy que no vivo, me vienen con estas historias: Que si, «en fin, sea, que le vas a hacer mujer. Deja que se cumpla la voluntad de Dios»; que si, «te acompaño en el sentimiento, Irene»; que si, «valor, para tan poco de vida, no merece la pena amargarse»; ¡Qué doblez Cresancia! ¡Tiene que haber piedad! ¿Qué año corre? ¿Todavía? ¡Ave María Purísima! Las ganas que tengo de empinar las punteras y perderme.

—La vida es un conjunto de casualidades. Así lo he entendido yo.

—¡Una gran mentira! Y empalagosa como un dulce de arándano.

Le reproché a mi hijo, muchas veces, que le sacara utilidad a la pendencia. «Ven, hombre ven, que quiero hablarte. Eso es feo. Tiene usted en contra muchos cargos. Todo ese dinero, siendo como se es pobre, digo yo que habrá tenido que salir de alguna parte». Y me contestaba de mal humor y siempre del mismo modo. «No pasa día por tí, madre. Pero deja a los hombres las cosas de los

hombres. Las mías las llevaré a mi manera. No es tu gracia dar ejemplo Tú me entiendes. Busco el abrigo del dinero, ¡y qué, que no le gane en buena lid! Hay mañas y me alivia mucho». Al principio pensé y lo pensé mal, que Melchor andaba descariñado y que era un bocado sin hueso. Pero lo que era, era algo cabrío y en lo que andaba metido era en tejemejejes.

—En eso llevas razón. Se le acabó pronto la inocencia. Está bien así, como dices. En algo se habría de notar la falta de un padre.

Me despertó Hermila Mateo con lágrimas en los ojos, malográndome el sueño. Afuera diluviaba y a lo mejor, por eso soñé con una nube de vilano y la tierra anegada de culebras. Me atenazó el miedo, porque Hermila Mateo no sabía llorar: «No es culpa mía. Y esa es mi pena». Eso decía. Luego noté trasiego en el piso de abajo y se me alteró del todo el ritmo del corazón, porque tuve una corazonada de madre. «Ya supondrá a lo que hemos venido. Pero no es fácil —masculló un sargento de la Guardia Civil en el rellano de la escalera, empapado y chorreando gotas de agua y de sudor por los herretes—... ¡Ss! ¡Oye, rapaz!, deja ya de velar por ese bulto que hay sobre las parihuelas. Tú, que llegaste mencilento y dejando un reguero de bilis por el camino de la novenería, dile que le han debido colgar a su hijo de una polea y desollado como a una res». ¿Por qué ese rencor, Cresancia? El cariño de una madre no se reparte y estaba que me hacía de cruces. Enloquecí. «Mejor que mire hacia otro lado, tía Irene». Y eso fue lo que le dije: «Déjame y haz lo que te digo, ¡Abel Rodrigo! Descubre esa manta, ¡por la santa obediencia que me debes! ¡Que quiero arrullar a mi fruto, aunque esté denegrido y untado con breab!».

—¡Irene!

—¿Qué me quieres? ¿No ves que estoy muerta de dolor? Aún me quedan briznas de tierra entre los dedos.

—Agua pasada no mueve molino.

—Despacio, Cresancia. Los recuerdos son como una casa vacía. Si los abandonas, te quedas con las ruinas en menos de nada.



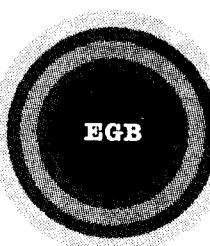
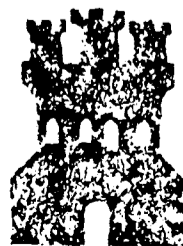
Castilla y León se presenta en Sociedad

El estudio de la propia Comunidad es una exigencia clara de la enseñanza ajustada a nuestro tiempo. Al presente y al futuro.

Por ello, Editorial Santillana presenta la novedad necesaria en el Ciclo Medio: un libro de texto específico para Castilla y León.

Un nuevo texto Sociedad.

Con información amplia y equilibrada. Con una gran riqueza de actividades. Con la calidad que usted espera siempre de Editorial Santillana.



santillana
Libros que hacen escuela